

JOSÉ ANTONIO SÁNCHEZ ROMÁN

Buscando un lugar en el mundo: la Sociedad de Naciones y la inserción internacional de América Latina

Las elites latinoamericanas que dirigieron la construcción de los estados a finales del siglo XIX deseaban participar del mundo civilizado. Esto significaba incorporarse a la expansión económica internacional que tenía como centro Europa Occidental y en particular el Imperio Británico. Aunque variaba de lugar en lugar, a partir de la década de 1880 la gran mayoría de países latinoamericanos había encontrado un hueco en el que insertarse en lo que algunos autores han denominado primera globalización. (O'Rourke y Williamson, 2006). Los países latinoamericanos se especializaron en la exportación de materias primas, minerales y productos agropecuarios a los países industriales de Europa Occidental y recibieron de ellos productos manufactureros. Además, los países europeos y en particular la plaza de Londres se convirtió en el centro financiero en el que se contrataban los créditos que necesitaban los estados latinoamericanos o en el que se vendían los títulos de las empresas que se creaban para invertir en la región. Con más dificultad y en muchos casos de manera intermitente, los países latinoamericanos se fueron incorporando al patrón oro, al sistema monetario internacional. Algunos países de la región, como Argentina, Uruguay o Brasil, se convirtieron en importantes receptores de la emigración europea.

Los gobiernos latinoamericanos y buena parte de sus elites intelectuales vieron con buenos ojos esta integración económica, que traía como resultado recursos para construir los tesoros y estabilizar las instituciones políticas. Pero pertenecer al mundo civilizado no era una mera cuestión económica. Las elites latinoamericanas veían en los países europeos, en Francia y el Imperio Británico en particular, los modelos políticos y culturales sobre los que debían construir sus propios estados. Las constituciones, los códigos, el diseño de las ciudades o las políticas educativas se inspiraron en modelos europeos, que se tomaban como referentes.

¿Por qué era tan importante ser incluidos en el club de los civilizados? ¿Qué significaba ser una nación civilizada? En realidad, en gran medida, la idea de nación civilizada es un pleonismo. En el derecho internacional europeo, como se fue moldeando en la segunda mitad del siglo XIX, la civilización era una serie de atributos que permitían a quien los poseía el reconocimiento internacional como un actor soberano (Koskenniemi, 2005). No hace falta enfatizar que en gran medida esos atributos se basaban en características culturales que compartían los habitantes (o al menos las clases altas y medias) de los centros imperiales europeos. Para los países latinoamericanos que habían surgido de un proceso de desmembramiento de dos

imperios europeos y que durante la primera mitad del siglo XIX habían vivido (con alguna excepción como Chile) una constante inestabilidad política y guerras civiles pertenecer al club de los civilizados era el paso crucial para fortalecer su soberanía.

Pero esta era una aspiración siempre amenazada, tanto en términos prácticos como en términos discursivos. A mediados del siglo XIX, México había perdido la mitad de su territorio en una guerra con los Estados Unidos. En 1861, con la excusa del impago de su deuda, Gran Bretaña, España y Francia tejieron una alianza de acreedores y atacaron México, aunque finalmente Francia se quedó sola en su empresa imperial. Los estados latinoamericanos más débiles, principalmente en la región del Caribe y Centroamérica, se vieron afectados por intervenciones de potencias extranjeras en varias ocasiones, muchas veces por la cuestión de la deuda. En 1902 una coalición de acreedores europeos bloqueó los puertos venezolanos, una acción que sólo fue revertida tras la protesta de los Estados Unidos, que se estaba convirtiendo en la potencia decisiva en el continente. La guerra de independencia de Cuba y Puerto Rico contra España terminó con el primero de los países como un protectorado de los Estados Unidos y el segundo como una colonia de la potencia del norte. En 1903, con el objetivo de garantizar el éxito de la construcción de un canal transoceánico, una compañía estadounidense propició un levantamiento que dio lugar a la creación del estado de Panamá.

Por supuesto, los países más grandes o más alejados de los Estados Unidos, como Brasil o Argentina, no tenían su soberanía territorial amenazada por la potencia del norte ni por los otros poderes europeos. Pero el discurso civilizador seguía colocando a las naciones latinoamericanas en una segunda división. En ese sentido puede entenderse la conocida declaración del presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson: ‘Voy a enseñar a las Repúblicas de América del Sur a elegir buenos hombres’.

Obviamente, la idea de Wilson bebía del discurso civilizador de los imperios europeos de finales del siglo XIX. No obstante, hay que señalar que las dudas sobre el grado de civilización de los países latinoamericanos no sólo procedían del exterior. La estructura social y sobre todo la composición étnica de muchos países de la región se convirtió en una fuente de ansiedad para las elites en un momento en el que el pensamiento racial y el darwinismo social estaban en auge. Si las sociedades estaban compuesta de elementos “inferiores”, ¿cómo podía garantizarse la supervivencia de la nación en un mundo en perpetua competencia?

Este contexto de ansiedad generó algunas respuesta notablemente originales y hasta alternativas a las que se ofrecían en las grandes potencias. En muchos lugares de América Latina se apostó por el “blanqueamiento” de sus sociedades. En esto no había diferencia con respecto al pensamiento racial dominante en Europa y Estados Unidos que entendía que la población blanca europea era la fuente de la civilización. Pero la originalidad radicó en subrayar que la mezcla de población traería finalmente el resultado del blanqueamiento, ya que el elemento más fuerte de la mezcla (el blanco) terminaría imponiéndose. Obviamente se trataba de una

aceptación de la premisa racista, pero una aceptación que rechazaba la idea de que la mezcla racial produjera degeneración (algo común entre los pensadores raciales de finales del siglo XIX en Estados Unidos y el norte de Europa). Además, se estaba a sólo un paso de aceptar el elemento mestizo como constitutivo de una civilización. (Skidmore 1993).

Los latinoamericanos ofrecieron otras respuestas a la cuestión de su lugar en la escala de las civilizaciones. En algunos casos, esas respuestas pasaban por asumir la diferencia con Europa, pero subrayando ahora que esa diferencia no constituía un rasgo de inferioridad sino otra manera de pertenecer al mundo moderno. Por ejemplo, las características propias del territorio, de los vastos espacios americanos habrían conformado en el hemisferio occidental un tipo de civilización diferente, una auténtica modernidad alternativa a la que ofrecía el patrón europeo. El caso brasileño es interesante en este sentido. Algunos de los pensadores claves brasileños, como Euclides da Cunha o Vicente Licínio Cardoso, ofrecieron una interpretación original de Brasil basada en la categoría tierra, en la que el país sudamericano habría constituido una forma de una modernidad alternativa, moldeada y condicionada por sus amplios espacios, similar a la que ofrecían Estados Unidos o Rusia. Los grandes espacios no eran ya simplemente el territorio de la barbarie, o el lugar del estado de naturaleza, como habían sostenido los intelectuales europeos y buena parte de los latinoamericanos, sino que en ellos se abrían las posibilidades de una nueva civilización. La mirada de estos intelectuales resultaba original en al menos dos sentidos. En primer lugar, el énfasis en la dimensión espacial como componente de la modernidad ofrecía una alternativa a la idea europea evolutiva en la que el tiempo era la dimensión clave para comprender el grado de desarrollo (de “civilización” en el lenguaje del siglo XIX). En segundo lugar, porque –en particular en el caso de Euclides da Cunha– se producía una búsqueda de afinidades entre regiones periféricas, en este caso entre Brasil y Rusia, ya que para este autor ambas ofrecerían una modernidad alternativa a la europea, pero igualmente poderosa gracias a las reservas que ofrecen sus grandes espacios. (Maia, 2008).

Otra respuesta a los desafíos que la idea de una modernidad universal suponía para los latinoamericanos provino del campo del derecho internacional. En principio, esta respuesta aceptaba los presupuestos de las ideas europeas sobre soberanía, igualdad jurídica de los estados e imperio de la ley, pero exigía de los europeos y de los Estados Unidos que actuaran de manera coherente con sus propias premisas. Lo interesante es que se fue constituyendo un cuerpo de derecho internacional propio, una propuesta de derecho internacional universal en clave latinoamericana. Algunos juristas latinoamericanos ofrecieron una original propuesta que combinaba universalismo y regionalismo. Esas propuestas respondían al deseo de preservar la soberanía de estados recién establecidos en un contexto de presión imperial.

Para los latinoamericanos, la idea de no intervención debía ser el eje del derecho internacional. Intelectuales de prestigio continental, como Andrés Bello, defendieron esta posición desde mediados del siglo XIX. Los latinoamericanos intentaron,

por ejemplo, que el impago de deudas no fuera utilizado como excusa por las potencias para intervenir en la región. América Latina se convirtió en el siglo XIX en la productora de una alternativa de derecho internacional (Obregón 2005). El principal desafío al derecho internacional emanado de Europa fue la llamada doctrina Calvo que intentaba evitar la intervención extranjera y la protección diplomática de los intereses económicos externos. De hecho, la amenaza que las cuestiones económicas suponían para la soberanía política de los estados de la región se convirtió en una fuente de preocupación constante. Así, en la Primera Conferencia Panamericana de 1890 un delegado venezolano solicitó que los diplomáticos extranjeros no pudieran actuar como defensores de determinados intereses económicos (Smith, 2010: 152). Un caso particularmente relevante fueron las cuestiones de arbitraje. Los Estados Unidos fue una de las primeras potencias en sugerir que los conflictos económicos que pudieran surgir entre los estados latinoamericanos y empresas extranjeras se dirimieran por árbitros internacionales. Los latinoamericanos se resistieron ante lo que entendían era una amenaza a su poder soberano. La cuestión del arbitraje internacional, sobre todo en el campo económico, formó parte de la construcción del campo del derecho internacional moderno desde finales del siglo XIX. La resistencia de los latinoamericanos al arbitraje no debe interpretarse, empero, como una resistencia a un proceso de universalización del derecho. Lo que ocurrió en realidad es que los latinoamericanos promovieron instancias de arbitraje a escala regional que sirvieran de base para su ulterior universalización. Así lo hizo Brasil en 1902 y también en 1923 el más influyente de los juristas latinoamericanos, el chileno Alejandro Álvarez, quien propuso la creación de una ley latinoamericana unificada (Smith, 2010: 154-155). De hecho, los latinoamericanos se mostraron activos apoyando sistemas de resolución de conflictos internacional y el imperio de la ley global.

A pesar de todas estas ansiedades y de las miradas alternativas, cuando estalló la Primera Guerra Mundial, pocos entre las elites latinoamericanas creían no pertenecer a la civilización (occidental). Aunque la cuestión de la soberanía seguía siendo una preocupación, la estabilidad territorial parecía garantizada y el enfrentamiento entre los europeos alejaba aún más la posibilidad de una intervención (con la excepción de los Estados Unidos que intervino en varias ocasiones en México en el contexto de la revolución). En realidad, casi nadie en América Latina se veía reflejado en la situación de las colonias europeas en Asia o África. No sólo los grupos dirigentes latinoamericanos eran descendientes (intelectuales y políticas) de las tradiciones europeas, sino que los estados latinoamericanos estaban a comienzos del siglo XX consolidados y sus elites firmemente establecidas.¹

¿Qué impacto tuvo la Primera Guerra Mundial? Algunos autores han señalado que el conflicto en Europa erosionó de manera definitiva el prestigio de las ideas del viejo continente y los pensadores y políticos latinoamericanos se lanzaron a la búsqueda

¹ Ver las interesantes comparaciones entre América Latina y otras regiones del planeta en Whitehead, 2010, intro.

queda de formas alternativas de modernidad. Pertenecer a la civilización europea ya no causaba la ansiedad que había provocado en las décadas anteriores. Richard Morse ha enfatizado el impacto del conocido libro de O. Spengler, *La Decadencia de Occidente*, entre 1918 y 1922, que sirvió para desprestigiar las ideas europeas y llevó a los intelectuales latinoamericanos a buscar caminos propios (Morse, 1996: 93). Una idea semejante ha sido desarrollada por Olivier Compagnon en *Adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre*, quien sostiene que el conflicto supuso la ruina del prestigio intelectual europeo entre los pensadores latinoamericanos (Compagnon, 2013). No obstante, ambos autores reconocen la paradoja de que el desprestigio de las ideas europeas fue en parte influido por la llegada de ideas alemanas.

No obstante, el impacto de la guerra entre los ambientes intelectuales de los países más grandes, como México, Brasil o Argentina, no refleja todas las complejidades de la transformación de las ideas latinoamericanas sobre su lugar en el mundo como consecuencia de la Primera Guerra Mundial y su herencia. Si Europa había perdido algo de su prestigio, la idea de un mundo organizado sobre la base del derecho internacional (liberal y europeo) no había sido socavada y de hecho la efímera pero intensa influencia del presidente Wilson en el campo internacional reforzó esta tendencia. Este es un terreno sobre el que nos faltan investigaciones, pero todo apunta a que América Latina fue un continente entusiastamente wilsoniano. Erez Manela ha investigado el impacto de las ideas de Wilson en lugares como China, Corea o Egipto. Países que estaban sometidos a la colonización o habían sido humillados por los imperios coloniales vieron en la retórica wilsoniana de autodeterminación una ventana de oportunidad para expresar sus agravios, llegando más lejos de lo que el propio presidente de los Estados Unidos le hubiese gustado llegar (Manela, 2007). En buena medida, la influencia de Wilson fue potenciada por el propio aparato propagandístico creado en Washington para difundir sus ideas. En América Latina, después de Europa, fue donde se desplegó con más fuerza ese aparato, gracias al Committee on Public Information establecido por Wilson (Manela, 2007:50). Sin embargo, sabemos poco de sus resultados. En todo caso, la perspectiva de los latinoamericanos sobre lo que significaban en realidad las ideas de Wilson pudiera ser más precisa que la que expresaban los nacionalistas asiáticos o africanos.

Esto quedó bien reflejado en las ideas que los latinoamericanos llevaron a la Sociedad de Naciones. La extensa representación latinoamericana en la Asamblea de la Sociedad otorgó a ese cuerpo una clara mayoría wilsoniana, que no anticolonial.² ¿Qué significaba la adscripción de los latinoamericanos a las ideas del presidente estadounidense?

Pongamos el ejemplo de la relación argentina con la Sociedad de Naciones. El primer presidente elegido democráticamente en Argentina, Hipólito Yrigoyen, intentó desarrollar una política nacionalista en sus relaciones con el organismo gine-

² Ver las reflexiones de Pedersen, 2015: 50 al respecto.

brino. Los intentos argentinos de hacerse oír por las grandes potencias se asemejaban a los que estaban llevando a cabo los territorios colonizados o los países que habían sido sujetos a agresiones imperialistas, como China, que veían en Wilson la esperanza de una regulación más democrática de las relaciones internacionales (Halperin Donghi, 1999 y Manela 2007). Siguiendo las instrucciones de Yrigoyen el representante argentino en la primera Asamblea de la Sociedad de Naciones, el Ministro de Relaciones Exteriores, Honorio Pueyrredón, solicitó una serie de medidas que afectaban a la esencia misma de la constitución de la Liga, ya que implicaban la modificación del Pacto que había dado lugar a su fundación. Entre ellas, se pedía la admisión en la Sociedad de “all the sovereign states generally recognised as such” si así lo solicitaban.³

La posición argentina, a pesar de expresarse en términos vehementes, bebía de los principios wilsonianos.⁴ Por ejemplo, la idea de defender la incorporación de todas las naciones soberanas a la Sociedad de las Naciones y la igualdad de todas en la Asamblea y el Consejo se hacía eco de la idea de Wilson de que las todas las naciones eran iguales, incluidas las más débiles (Manela, 2007: 22).⁵ Como ocurrió en otras partes del mundo, en particular en el mundo colonial, los políticos e intelectuales argentinos más cercanos a Yrigoyen encontraron en la visión moralista de Wilson un eco de su propia retórica moral y cuando comprobaron que la Liga de las Naciones estaba haciendo el mundo más seguro para los imperios vencedores más que para la democracia prefirieron echar la culpa a británicos y franceses antes que a Wilson:⁶ “Los principios democráticos de Mr. Wilson fueron rudamente violados. Es que eran opuestos al imperialismo” (Cisneros, 1921: 83-4).

La admiración de los representantes argentinos por el presidente de los Estados Unidos obedecía a una importante fuerte convergencia ideológica. Como Wilson los yrigoyenistas tenían un lenguaje democrático fuertemente moral y se creían heraldos de un mundo nuevo, heredero de la tradición europea y al mismo tiempo superador de la misma. Un significativo ejemplo de esta convergencia se encuentra en la cuestión colonial, dónde los partidarios de Yrigoyen entendieron perfectamente el mensaje wilsoniano. Como ya se mencionó, en su discurso frente a la primera Asamblea de la Liga, Pueyrredón solicitó que todos los “sovereign states generally recognised as such” que así lo deseasen fuesen admitidos en la nueva organización. El mensaje estaba dirigido a incluir a las potencias derrotadas, en particular

³ Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina (AMRECIC), Liga de las Naciones, Caja AH/0021, 1920. “Speech delivered by his Excellency the Foreign Minister of the Argentine Republic, Señor Honorio Pueyrredón”, Geneva, November 15th, 1920.

⁴ Lanús, 2001: 132, afirma que la convergencia entre Wilson e Yrigoyen respondía a una visión “ecuménica y pacifista”. Como se verá la conexión era más complicada.

⁵ Algunos importantes intelectuales argentinos encontraron en Wilson (y también en la revolución rusa) una premonición de los tiempos nuevos en los que confiaban esperanzados. Ver: Halperin Donghi, 1999: 73.

⁶ Sobre los complejos orígenes intelectuales y políticos de la Liga de las Naciones y su relación con el imperio británico, ver Mazower, 2008: cap. I.

a Alemania, en la Sociedad de las Naciones, pero no iba destinado a los territorios coloniales, cuya soberanía no había sido reconocida. Para estos, la delegación argentina realizó una segunda proposición: “Les peuples qui n’ont cette qualification peuvent, avec l’assentiment du Conseil Sommer un Représentat pour siéger dans l’Assemblée, mais sans le droit de votation dans les résolutions de celle-ci”.⁷ Y en 1920 se hacían votos para que los mandatos coloniales acordados por la Liga fueran “exercés de façon à permettre aux peuples, placés sous la garantie de la Société, de progresser asin qu’ils puissent un jour se constituer en Etats libres et indépendants”.⁸ Esta postura gradualista y moderada se asemejó a la que fue adoptando el propio Wilson frente a las presiones de los territorios colonizados. El mundo de naciones soberanas estaba reservada para aquellas capaces de autogobernarse, aquellas comunidades “modernas” y “civilizadas” (Manela, 2007: 24). La postura argentina no estaba lejos de ésta. El asesor técnico de la delegación argentina en la Asamblea lo explicaba con claridad:

“entre las Instrucciones del Presidente Yrigoyen, había una que prescribía a los delegados el deber de proyectar alguna fórmula para que los mandatos sean ejercidos de tal modo que los pueblos administrados puedan prosperar y desarrollarse, a fin de constituirse con el tiempo en Estados libres e independientes.

Este pensamiento, que venía a completar la idea de Wilson, respondía al espíritu mismo del Pacto que no ha querido establecer anexiones coloniales disfrazadas . . . sino el propósito elevado de velar por las poblaciones menos adelantadas, de procurar su bienestar material y moral y hacer de ellos pueblos civilizados” (Antokoletz, 1921: III y 153).

Por tanto, para los radicales yrigoyenistas Argentina debía aspirar a influir en las decisiones internacionales en pie de igualdad con las otras potencias basándose en el ideal de gobierno democrático pero también en una concepción jerárquica de las civilizaciones. Argentina era una nación plenamente civilizada y que por su grado de responsabilidad y madurez merecía ser escuchada.

El ejemplo argentino no es un caso aislado. Los países latinoamericanos apoyaron el proyecto de la Sociedad de Naciones y al mismo tiempo lo interpretaron como un mecanismo de reafirmación de sus ideas sobre soberanía y orden internacional. Así, intentaron incorporar la doctrina Calvo a las discusiones de los distintos comités de la Sociedad (Miles, 2013: 50-52). También, buena parte de los países latinoamericanos presentes en la Sociedad de Naciones, se sumaron a la causa de la igualdad entre las naciones y de una paz sin vencedores y vencidos que incluyera a Alemania dentro de la nueva organización. Como ha señalado Olivier Compagnon la solidaridad con

⁷ AMRECIC, Liga de las Naciones, Caja AH/0021, 1920. “Proposition de la délégation argentine sur l’admission des états dans la Société des Nations”, Gênéve, s/f.

⁸ AMRECIC, Liga de las Naciones, Caja AH/0021 c. 67, A.12. “Projet de Voeu déposé par la Délégation Argentine”, Gênéve, s/f.

Alemania por parte de los latinoamericanos reflejaba sus propias ansiedades sobre el lugar marginal que les podría corresponder en el mundo que estaban organizando los aliados (Compagnon, 2013: 201). En todo caso, los latinoamericanos no despreciaban la oportunidad que la Sociedad representaba al ofrecer un reconocimiento, aunque fuera nominal, de la igualdad de todas las naciones soberanas.

Quien lo expresó de manera más clara fue el chileno Alejandro Álvarez, el más prestigioso de los abogados internacionalistas latinoamericanos. De hecho, Álvarez había pasado una buena parte de su vida en Francia y había publicado en francés, gozando de un indudable reconocimiento de la profesión. Álvarez se había formado en una tradición de derecho internacional francesa y era un defensor de la organización universal de la comunidad internacional. Al mismo tiempo, no dejó de subrayar la necesidad de atender a las peculiaridades de la soberanía latinoamericana. Álvarez indicó que el derecho internacional era una creación colectiva, y no sólo europea, y que la Sociedad de Naciones traducía ese hecho. En 1921, Álvarez participó en Barcelona en la Primera Conferencia de Comunicaciones y Tránsito, organizada por la Sociedad de Naciones. Allí se discutía la posibilidad de extender acuerdos de carácter universal en materia de transporte. Sin embargo, para Álvarez se debía avanzar con cautela en ese terreno y sobre todo tener en cuenta compromisos previos que habían firmado las naciones latinoamericanas dentro del marco panamericano.⁹

Sin embargo, esta actitud de defensa de la igualdad de las naciones pequeñas y grandes por parte de los latinoamericanos no conducía de manera natural a una solidaridad con el mundo colonial o con las regiones “periféricas” de Europa. Esto obedecía no sólo a cuestiones ideológicas sino también estratégicas. El propio Álvarez calificó a las tribus indígenas de “poblaciones bárbaras” y rechazó que pudieran alcanzar cualquier estatus jurídico (Koskenniemi, 2005 :294). Obviamente, este discurso se unía a la visión europea en la que convergían estatus nacional y civilización y al hacerlo justificaba el control de los imperios europeos. Pero al mismo tiempo, el discurso servía como barrera frente a las reclamaciones de las poblaciones indígenas chilenas.

No obstante, la participación latinoamericana en la Sociedad de Naciones significó un proceso de aprendizaje del lenguaje y las ambigüedades del internacionalismo. Por vez primera, los delegados latinoamericanos compartieron foros y discusiones con representantes de otras “periferias”. Con exageración y su habitual patetismo, Karl Schmitt afirmó refiriéndose a la Sociedad de Naciones, “los delegados de Paraguay, Uruguay y el Marajá Indio . . . dieron una lección a Europa de unidad mundial” (Schmitt, 1974: 217).¹⁰ Las convergencias entre los delegados latinoameri-

⁹ Première Conférence Générale des Communications et du Transit à Barcelona, 1921, Procès-Verbal de la 6ème séance, March 18, 1921, C. T./Compte Rendu/6, Archivo de la Sociedad de Naciones.

¹⁰ “und es waren Delegierte von Paraguay, Uruguay und ein indischer Maharadschah, die Europa über die Einheit der Erde belehrten.”

canos y los de Persia, la India o Rumanía fueron escasas, pero inevitablemente unos y otros empezaron a escucharse. En la mencionada conferencia de Transportes de Barcelona, participaron delegados de muchos países latinoamericanos, junto a representantes de China, Persia o Rumanía. Los latinoamericanos y estos representantes de los países “pequeños” resistieron las presiones europeas, principalmente británicas, para una universalización de las reglas de transporte y para una apertura de la navegación a las empresas internacionales. Aunque finalmente los latinoamericanos se apartaron de la propuesta más radical rumana de tener en cuenta las desigualdades en el comercio mundial antes de discutir las cuestiones de transportes y comunicaciones, lo hicieron sólo tras obtener un reconocimiento a su soberanía territorial y de reconocer que la navegación de cabotaje estaba preservada a los estados soberanos. Además, a lo largo de la década, en particular los representantes brasileños en los comités técnicos de la Sociedad de Naciones retomaron la cuestión de las asimetrías en el comercio que habían sido planteadas por los delegados rumanos. Hay que subrayar empero, que esta convergencia de ideas no significaba una aproximación más simpática hacia el mundo colonial (que no estaba representado en la Conferencia). De hecho, las potencias mandatarias obtuvieron por parte de los delegados latinoamericanos una suerte de reconocimiento de su soberanía sobre los territorios que administraban, algo que ni la propia Sociedad de Naciones reconocía (Sánchez Román, 2016).

La Asamblea en particular se convirtió en una caja de resonancia de nuevas ideas que estaban coadyuvando a construir una especie de opinión pública internacional. Obviamente, aquellos países y territorios que no formaban parte de la SN no podían expresar sus opiniones en ese foro, pero no era raro que otros hablaran por ellos. Ya se vio como los latinoamericanos tomaron la palabra en nombre de Alemania en los comienzos de funcionamiento de la organización. Esta defensa de Alemania no se extendió habitualmente a la de otros excluidos, como territorios colonizados o mandatos, con una notable excepción, la del delegado haitiano, Dantès Bellegarde, quien denunció repetidamente en la Asamblea los abusos de las potencias mandatarias y reclamó un trato igual para todas las “razas” (Pedersen, 2015: 112).

En suma, las ideas posteriores a la Primera Guerra Mundial no habían roto de manera tan radical como ha sostenido Compangon la perspectiva de los latinoamericanos sobre cómo debía organizarse el mundo y cuáles eran las escalas de civilización adecuadas, pero las instituciones y dinámicas resultados de la guerra les habían enfrentado a realidades que hasta ese momento les eran lejanas. Dos fenómenos de la larga posguerra transformaron la visión que intelectuales, políticos y economistas latinoamericanos tenían sobre el lugar de la región en el mundo. El primero, el más evidente, fue el impacto de la Gran Depresión de los treinta, que socavó las bases de la creencia en una relación armónica con los centros de la economía capitalista. El segundo, más silencioso y quizás más difícil de trazar fue el resultado de la creciente internacionalización del período de entreguerras. El mundo anterior

a la primera guerra mundial estaba organizado en torno al llamado “concierto de las naciones”, que en realidad era el tejido de relaciones implícitas establecidas por los imperios europeos. Desde finales del siglo XIX la competencia entre esos imperios erosionó las reglas implícitas de convivencia entre los imperios. Las recurrentes crisis imperiales y la primera guerra mundial llevaron a la creación de organismos internacionales que trataran de administrar la complejidad de la nueva interdependencia internacional. Obviamente el más conocido de esos organismos, durante el período de entreguerras, fue la Sociedad de las Naciones. Los organismos internacionales escenificaban las jerarquías globales y al mismo tiempo las desafiaban. La participación de los latinoamericanos en estos organismos (fueran los de la SN o los panamericanos) fue crucial para la elaboración de una nueva mirada sobre el lugar del mundo en América Latina y establecieron las bases para un cambio en la perspectiva desde la que los latinoamericanos entendían sus relaciones con otras regiones del planeta, más allá de los centros imperiales.

La propia transformación de la Sociedad de Naciones en respuesta a la crisis de la década de 1930 (y a la propia crisis de legitimidad de la institución) iba a transformar la relación entre América Latina y otras regiones del mundo. Desde sus orígenes y hasta la década del 30, las organizaciones técnicas de la SN prestaron atención principalmente a los problemas de Europa. Era en Europa en donde parecía que se estaban resolviendo los problemas cruciales de la humanidad. La depresión económica de 1929 comenzó a alterar esa visión. Además, según se profundizaba la crisis y la posibilidad de una nueva guerra se hacía una realidad, la Sociedad de Naciones se vio envuelta en una profunda crisis de legitimidad. Su tarea como garante de la seguridad colectiva quedó en entredicho tras las sucesivas crisis de Etiopía, España y Manchuria. Estas circunstancias llevaron a la SN a enfatizar su rol técnico y también a reconducir sus actividades hacia otros territorios. Nuevos temas, con un mayor contenido social, emergieron. Por ejemplo, la preocupación por los niveles de vida llevó al estudio de la salud y alimentación del campesinado. El modelo tomado fue el del campesino de las regiones danubianas en Centroeuropa, en particular Rumanía. Lo que estaba cobrando forma aquí era la idea del “subdesarrollo”, basada en la noción de la productividad inferior del campesinado o dicho de otra manera en la sobrepoblación campesina. Estas condiciones estructurales provocaban que los términos de intercambio fueran favorables a las regiones industriales frente a las agrícolas. Estas ideas fueron prontamente exportadas a y apropiadas por los asiáticos (Clavin, 2013: 179-181). De manera paralela, los organismos técnicos de la Sociedad desarrollaron una preocupación por la cuestión de la seguridad alimentaria que muy pronto se extendió a Asia (Amrith y Clavin, 2013).

Joseph Love ha mostrado la trayectoria intelectual que llevó a varios pensadores latinoamericanos, entre ellos a Raúl Prebisch, a absorber los debates que los pensadores centroeuropeos habían mantenido sobre estas cuestiones de productividad agraria y de términos de intercambio. Este proceso de absorción intelectual está en el origen de la conceptualización “centro-periferia” que daría renombre al trabajo

de Prebisch (Love, 1996b). Pero no ha considerado como las prácticas de la Sociedad de Naciones pudieron influir en este proceso de absorción intelectual. Esto es, la Sociedad de Naciones estaba creando un tipo de intervenciones (y de ideas) destinadas a unas regiones del mundo en particular. Al hacerlo, estaba creando un lazo conceptual entre estas regiones, agrupándolas en la misma categoría.

América Latina también participó en la extensión de estas actividades de la SN, a pesar de que a partir de la crisis de 1929 muchos países de la región cortaron sus lazos oficiales con el organismo ginebrino y otros apostaron por una profundización del panamericanismo frente a la decadencia del orden internacional que había intentado promover la Liga. En parte por esta razón, los organismos técnicos de la Sociedad incrementaron su actividad en América Latina desde finales de la década de 1930. Pero además, el estallido de la guerra en Europa y Asia condujo a la Sociedad hacia un acercamiento mayor con el hemisferio occidental y en 1940 los cuerpos técnicos de la institución se trasladaron a Estados Unidos con la ayuda de la Fundación Rockefeller. Desde allí, América Latina cobraría mayor importancia en las actividades sociales y económicas de la Liga y los representantes latinoamericanos participaron activamente en los debates sobre la futura reconstrucción tras la guerra.

Hay que subrayar al menos dos características de la participación latinoamericana en las actividades de la SN durante la Segunda Guerra Mundial. En primer lugar, claramente los técnicos de la Sociedad ahora consideraban a las naciones latinoamericanas no desde el punto de vista político de territorios soberanos (a diferencia por ejemplo de las colonias asiáticas o africanas), sino desde una perspectiva socio-económica como parte de un mundo aún no industrializado, exportador de materias primas, donde primaba la agricultura o con necesidades especiales en el terreno de las inversiones o el comercio.¹¹

En segundo lugar, los propios representantes latinoamericanos en los comités, conferencias y otras actividades organizadas por la SN contribuyeron con su activismo a la deriva tomada por la organización. Por ejemplo, tras la crisis de 1929, la Organización de Salud de la Liga se orientó hacia el mundo no europeo, en particular hacia China e intentó extender una visión global de la salud, en el que se incluyeran conceptos como alimentación, educación, etc. Dicho de otro modo, como en el terreno de la economía, en el terreno de la salud la SN también avanzaba hacia una definición más social e intervencionista de su campo de actuación. Los médicos y los responsables de salud latinoamericanos se convirtieron en apoyos significativos de este cambio de política, que no contaba con apoyos universales. Así, los latinoamericanos presionaron para que se avanzase en el estudio de la salud rural, una cuestión que preocupaba cada vez más a la Liga y que de nuevo unía a América Latina con Asia o Centroeuropa (Weindling, 2006).

¹¹ Los ejemplos de esta visión son constantes. Ver algunas referencias en Clavin, 2013: 294.

La extensión de las actividades de la Sociedad de Naciones hacia América latina obedecía al intento de reconstruir la organización desde su exilio en Estados Unidos y otorgarle legitimidad con el apoyo del mayor número de naciones soberanas posibles. Las naciones latinoamericanas, no implicadas directamente en el conflicto mundial, parecían la base lógica. El caso del Comité Fiscal de la SN es también significativo en este sentido. El Comité, que procuraba incentivar la firma de acuerdos de doble imposición entre las naciones, tras tener que exiliarse, intentó reinventarse con una mayor implicación en otras áreas del mundo. América Latina se convirtió en el objetivo obvio. Pero la participación de los latinoamericanos en el Comité Fiscal y en dos conferencias organizadas en México en 1940 y 1943 por la Sociedad de Naciones se tradujo en una mayor atención a las necesidades de “desarrollo” de los países latinoamericanos. Al hacerlo, los latinoamericanos generaron una nueva división del mundo, entre países exportadores de capital y aquellos que precisaban de capitales (Sánchez Román, 2015). Aunque en estas actividades del Comité Fiscal en las Américas no participaron representantes de Asia, era obvio que al poner el centro de atención en la cuestión de las necesidades de capital se estaba construyendo otro puente entre América Latina y lo que posteriormente se llamaría el “Tercer Mundo”.

Joseph Love ha afirmado que el “concept of ‘underdevelopment’ as a syndrome was only elaborated in that decade, chiefly after the creation of specialized United Nations agencies in 1947-48”. La creación de esos organismos especializados habría obedecido en parte al deseo de Prebisch de superar el desinterés de la Sociedad de Naciones para las regiones periféricas creando instituciones ocupadas directamente de ellas (Love, 1996: 227-28). No obstante, como se ha visto, la participación de América Latina en la primera institución de gobierno mundial estuvo llena de complejidades y sutilezas y sirvió como un proceso de aprendizaje sobre las jerarquías globales para los latinoamericanos y para los propios expertos de la Sociedad de Naciones. Es en este proceso de conflictiva participación e implicación internacional de los latinoamericanos donde se establecieron las bases de la aproximación al “Tercer Mundo” en la segunda posguerra.

Bibliografía

- Amrith, Sunil y Patricia Clavin, "Feeding the World: Connecting Europe and Asia, 1930-1945," *Past and Present* (2013), Supplement 8, pp. 29-50.
- Antokoletz, Daniel, *La Liga de las Naciones y la Primera Asamblea de Ginebra*, Buenos Aires: 1921.
- Clavin, Patricia, *Securing the World Economy. The Reinvention of the League of Nations, 1920-1946* (Oxford: Oxford University Press, 2013).
- Compagnon, Olivier : *Adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre* (Paris: Fayard, 2013).
- Díaz Cisneros, César, *La Liga de las Naciones y la actitud argentina*, Buenos Aires: Imprenta Mercatali, 1921, 83-4.
- Halperín Donghi, Tulio, *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires: Ariel, 1999.
- Koskenniemi, Martti, *El discreto civilizador de naciones. El auge y la caída del derecho internacional, 1870-1960* (Buenos Aires: Ciudad Argentina, 2005).
- Lanús, Juan Archibaldo, *Aquel apogeo: política internacional argentina, 1910-1939*, Buenos Aires: Emecé, 2001.
- Love, Joseph L., *Crafting the Third World. Theorizing Underdevelopment in Rumania and Brazil* (Stanford, Stanford University Press, 1996).
- Love, Joseph L., "Economic Ideas and Ideologies in Latin America since 1930". Leslie Bethell (ed.), *Ideas and Ideologies in Twentieth Century Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- Maia, João Marcelo Ehlert, *A terra como invenção. O espaço no pensamento social brasileiro* (Rio de Janeiro: Zahar, 2008).
- Manela, Erez, *The Wilsonian Moment. Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism* (Oxford: Oxford University Press, 2007).
- Mazower, Mark, *No Enchanted Palace. The End of Empire and the Ideological Origins of the United Nations*, Princeton: Princeton University Press, 2008.
- Miles, Kate, *The Origins of International Investment Law: Empire, Environment and the Safeguarding of Capital* (Cambride: Cambridge University Press, 2013).
- Morse, Richard M. "The Multiverse of Latin American Identity, c. 1920-c. 1970", en Leslie Bethell (ed.), *Ideas and Ideologies in Twentieth Century Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- Obregón, Liliana, "The Colluding Worlds of the Lawyer, the Scholar and the Policymaker: A View of International Law from Latin America", *Wisconsin Journal of International Law*, 145 (2005).
- O'Rourke, Kevin H. y Jeffrey G. Williamson, *Globalización e historia. La evolución de una economía atlántica del siglo XIX* (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006).
- Pedersen, Susan, *The Guardians. The League of Nations and the Crisis of Empire* (Oxford: Oxford University Press, 2015).

- Sánchez Román, José Antonio, "From the Tigris to the Amazon: Peripheral Expertise, Impossible Cooperation and Economic Multilateralism at the League of Nations", en *The Institution of International Order: From the League of Nations to the United Nations*, eds Simon Jackson y Allana O'Malley, University of Pennsylvania Press, 2016.
- Sánchez Román, José Antonio, "El multilateralismo como intervencionismo. Estados Unidos y la Sociedad de Naciones en América Latina (1930-1946)", *Revista Complutense de Historia de América*, 2015.
- Schmitt, Carl, *Der Nomos der Erde im Völkerrecht des Jus Publicum Europaeum*, (Berlin: Duncker & Humblot, 1974).
- Skidmore, Thomas E., *Black into White: Race and Nationality in Brazilian Thought*, (Durham & London: Duke University Press, 1993)
- Smith, Peter H., *Estados Unidos y América Latina: hegemonía y resistencia* (Valencia: Universidad de Valencia, 2010).
- Weindling, Paul, "As origens da participação da América Latina na Organização de Saúde da Liga das Nações, 1920-1940", *História, Ciência, Saúde-Manguinhos*, vol. 13, n. 3, pp. 555-570, (2006).

Abstract

This article explores how the participation of Latin American experts and politicians in the League of Nations altered the view that Latin Americans held about their place in the world. Before World War I, Latin American elites anxiously sought to be recognized as part of the Western World, the so-called civilised world. The war to some extent altered this perspective and the European-centred civilization lost its lustre. Yet Latin Americans still believed they were part of the modern and civilized societies. Most Latin American elites enthusiastically embraced the idea of the League of Nations and Wilson was a figure of reference for them. This meant a defence of the sovereignty of small nations but also a position of detachment from the aspiration of colonial territories. However, the participation of Latin Americans in the committees of the League led them to appreciate the Eurocentric character of the institution and to shape new ideas about international hierarchies which paved the way for a future convergence with Asian and African colonial territories.